

CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA

CARLOS VILFAÑE

No. 63

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

PRESENTACION

Por Eduardo Carranza

A principios de este siglo la poesía de Colombia atravesó una etapa de hermético artificio y galana afectación. Florecieron entonces vergeles de cristal poblados de mármoles ciegos y fríos. El parnaso triunfaba, una ráfaga helada se abatía sobre el trópico y los poetas se refugiaban en espirales torres de martil. De otra parte y como fatal reacción, advenía la tendencia excesivamente fácil y popularista de Julio Flórez y sus discípulos. En un término de equilibrio se situó Carlos Villafañe: ni todo para la fría elegancia parnasiana, ni todo para la verbosa elocuencia post-romántica. La poesía de Villafañe se caracteriza por su decoro formal, por su esbelta factura, por su elegancia expresiva. Pero bajo la epidermis de las palabras circula, cálido y rico, el flujo sanguíneo de la inspiración. Algunos poemas suyos han alcanzado aquella anchurosa consagración popular que suele ser la mejor consagración de un poeta. Labios trémulos y enamorados han repetido muchas veces aquello:

Ojos y boca y manos ilusorias
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida,
y yo de mi locura bajo el peso
le puse el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida!

Otros poemas suyos dejan en el aire una húmeda y violeta estela de nostalgia. Canta la delgada ternura del corazón con un fino acento a lo Castillo. Evoca el tiempo perdido, el amor desvanecido como perfume o sonrisa, las horas doradas que ya no han de volver:

Dulces palabras de amor
con aroma de jazmín...
En el fondo del jardín
ya no canta el ruiseñor.

Por éstos y otros muchos versos suyos pasa la sombra transparente de Eduardo Castillo. Hay a veces un casi imperceptible escorzo rubendariano. Otras veces asoma Amado Nervo: "Suave perfil, labio sonriente". En otras ocasiones la musa de Villafañe es levemente irónica. Un vientecillo de humorismo ronda entre las palabras. Y casi siempre destella entre las lágrimas la sonrisa que es escepticismo e inteligencia. De pronto, desencantado de la vanidad y fugacidad de todas las cosas en esta tierra de los hombres, se vuelve hacia el cielo.

Villafañe fue un sonetista afortunado. Sus sonetos se desenvuelven con gracia y fluidez y mueren mansamente, en un último verso que no busca ser la tan buscada "resonante cola". Algunos sonetos suyos merecen sitio en una antología colombiana de tan difícil y exigente arquitectura poética. Pero lo mejor de Villafañe está quizás en sus evocaciones de la tierra vallecaucana. Ha sabido hablar con fervor y con primor de aquel incomparable paisaje: los pueblos blancos bajo el sol y dorados bajo la luna; el perfume maduro de los campos; las leyendas familiares de amor o heroísmo; la garza y la palma en vuelo hacia lo azul; los ríos de sedienta playa; las tardes lentas con ráfagas de idilio y de jazmín...

Espíritu selecto y generoso, poeta en la vida y en la obra, escritor de inolvidables crónicas, humorista de fina ley, crítico taurino, el autor de "Tierra del Alma" honró la tradición ateniense de Colombia. Carlos Villafañe nació en Roldanillo (Valle del Cauca) en el año de 1883. Fue secretario del presidente Suárez. Sirvió con brillo singular durante varios años el consulado de Colombia en Barcelona. En 1943 editó con el título de "Poesía" toda su obra lírica. Residía habitualmente en Cali. Allí le encontró la muerte. Nos deja el recuerdo inmarchitable de su bondadoso corazón y la huella trémula y blanca de sus versos.

Tristes palabras de amor
con aroma de jazmín...
En el fondo del jardín
ya no está el ruidoso

TIERRA DEL ALMA

La casita feliz medio escondida
entre el cacaotal, la casa en cuyo
patio, en las noches de la edad florida
prendió mi agilidad más de un cocuyo;
patio donde su suave algarabía
con el sumiso harén desata el gallo,
y donde empieza, al declinar el día,
a pastar en las yerbas el caballo;
patio donde las voces resonantes
perduran y los francos alborozos
de los muchachos que jugaron antes
ora el gato ladrón o a los corozos;
patio lleno de flores que engalana
con su fresco verdor la platanera:
tú has visto, al despuntar de la mañana,
cómo la hornilla del trapiche ufana
el campo con el rojo de su hoguera.

Tú has visto, al alba, cómo tiende el vuelo
el humo de la lumbre en la cocina,
santa oración que eleva en voz divina
la dulce paz del campesino al cielo.

Casa llena de luz en cuyo alero
la bellísima enreda sus bejucos:
guardas aún, en ademán severo,
entre muchos recuerdos, el ligero

vaivén de tus pretéritos bambucos.
¡Oh paisajes! ¡Oh ceiba enorme, adorno
vivaz de la llanura dilatada!
¡Oh, árbol que en la hora del bochorno
solar, prestas tu sombra a la vacada!

Sauce doliente: en la barranca dura
del turbio río, tu tristeza fragua
un sueño, cuando ves pasar el agua
del Cauca, en malancólica postura.

¡Cuán doloroso para tí el destino:
llorar sobre la tierra que derrumba
el río y sobre el leño que sin tino
navega... y sobre el mármol de la tumba!

¡Oh guásimo gentil que abres tus brazos
frondosos a la vera del camino,
como una añosa cruz que tiende lazos
del amor al fatigado peregrino!

Yo he visto entre tu espléndido ramaje
lucir la flor silvestre: la azucena,
que de los musgos con el gris ropaje
finge una niña delicada y buena.

¡Oh monte oscuro! ¡oh burilico esbelto,
rey rumoroso del bosque huraño,
que domina la senda donde he vuelto
a renovar mis éxodos de antaño!

Y allí el písano donde se deshoja
la sangre en flor, donde la errátil garza
el vuelo posa y donde el sol engarza,
ya en el atardecer, su seda roja.

Campos llenos de sol en cuyo ambiente
vuela el trino vivaz de la guitarra
campesina que llora un son doliente;
rama donde registra eternamente
su triste monocordio la cigarra.

Recuerdos florecidos de la tierra
que mana leche y miel del valle ameno
en donde todo para el hombre es bueno:
el verde llano, la empinada sierra,
la senda amiga o el alcor sereno.

Noche de luna, férvida algazara
del infantil enjambre que se entrega
al chimbilaco y que se apresta para
el voltejear de la gallina ciega.

¡Alma: vuelve los ojos al encanto
de la tierra natal; busca las huellas
de noches claras, y verás que en tanto,
la luna sobre el pueblo reza el santo
rosario en su camándula de estrellas!

Y el alegre correr y el ágil quite
que hace el rapaz al perro del vecino
cuando para jugar al escondite
salta la cerca con brincar ladino.

¡Oh noches inocentes! ¡Oh serenas
horas de escuela y de retozo! ¡Palma
que hoy flota entre las sombras de mis penas!
Yo llevo por fragantes y por buenas,
muchas de aquellas horas en el alma.

Casita de la escuela, banca dura
donde grabé mi nombre; goce diario
de la fácil lección; pizarra oscura,
citología con el abecedario...

Iglesita vetusta donde antaño
oía los domingos mi alma pura,
la palabra piadosa con que el cura
del pueblo apacentaba su rebaño.

Torre sencilla, silencioso claustro
en donde canta y reza la campana;
ojiva luminosa donde el austro
ligeramente su oración desgrana.

Torre musgosa: cuando yo volvía
al terruño, feliz como un buen hijo,
vi que tu cruz, al fenecer del día,
fue la primera cruz que me bendijo.

¡Oh voz de las campanas provinciales,
aves sagradas de armonioso trino,
que ríen en las fiestas parroquiales
y lloran cuando muere algún vecino!

Conmigo van vuestros repiques claros
y vuestro funeral; bendito sea
vuestra argentina voz. Cómo olvidaros,
campanas parlanchinas de mi aldea?

Callejón polvoroso con aroma
de piñuelas maduras; letanía
del viento alegre; manga donde asoma
la vaca que prendieron en la loma,
junto al zanjón, con la lozana cría.

Callejón polvoroso, grata senda
por donde, ya en la paz del sol extinto,
retorna el jornalero a su vivienda,
el leño al hombro y el machete al cinto.

Fértiles lomas en donde las matas
son búcaros fragantes; humo vano

con que atristan el día las fogatas
en los áridos tiempos del verano.

Lomas que el pueblo circundáis; lugares
donde florece el arrayán; picachos
distantes, que pisé con los muchachos
de mi tiempo, en retozos familiares.

Tardes caucanas, tardes luminosas,
en que como un pintor de experta mano,
se pone el sol a coronar de rosas
la testa invicta del farallón lejano.

Crepúsculos de seda; parda grulla
que regresa en la tarde mortecina
al árbol predilecto; río que arrulla
el silencio del pueblo, a la sordina.

Charco azul de ribera florecida
en donde el agua límpida se estanca,
y en donde en tiempos de alegría franca,
caí como una piedra desprendida
de la cúspide audaz de la barranca.

Tierra de amor y paz; montes ufanos
de flores, nidos y verdor; falanges
de garzas vespertinas; luengos llanos
que fulgen cual si en ellos bravas manos
esgrimiesen innúmeros alfanges.

Guadual sonoro de penacho verde
que al soplo de la tarde se desmaya
y cabecea; bosque en que se pierde
el vuelo alegre de la guacamaya.

Intensidad divina de la hora
en que el trabajador su acero envaina,
y en que el alma sutil de la dulzaina
en los recodos del camino llora.

Ingenua timidez de la muchacha
que va en la soledad y que se apena
si la incitan al mal; golpe del hacha
que en el silencio montaraz resuena.

Soles que vi caer desde la proa
de frágiles piraguas; rumor lento
en que el agua, rizada por el viento,
acaricia el andar de la canoa.

Niña alegre que vas para la escuela
a desgranar tus voces cristalinas,
contigo llevas lo que te consuela:
el frasco de agua, las agujas de la
costura y tus sabrosas golosinas.

En ti me finjo la primera novia
de trajes cortos y de pies desnudos,
y tú me evocas los amores mudos,
hoy que la cruz del recordar me agobia.

Huertos en donde la fruta sazónada
en su propia dulzura se deslíe,
y donde ya entreabierta la granada,
como una boca de mujer, sonrío.

Playas del Cauca, deleznable orilla
que del agua los ímpetus se llevan;
playas donde, doblando una rodilla,
bajo el calor meridional, se abrevan
el potro arisco y la gentil novilla.

Cauca, río sereno, cuya entraña
la luz nocturna de la choza incendia;
tierra maravillosa que compendia
todo lo bueno y fértil que el sol baña.

Recuerdos, que al través de la distancia
y del tiempo, duplican su fragancia:
vosotros sois al corazón del hombre
lo que la playa al náufrago; tu nombre,
dulce tierra del alma, va conmigo
y es mi blando refugio y es mi amigo.

Prestigio de las sendas olorosas
a manzanilla en flor;
olor de rosas en tapia antigua, con
tomillo verde. ¡Oh tierra: todavía
en la hora triste que ennegrece el día,
yo quisiera entrechar todas tus cosas,
todas tus cosas a mi corazón!

VIA DOLOROSA

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y enjuagué de su frente de azucena
el lívido sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor... Si era tan buena!
duerma en mi corazón... Si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias,
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida,
y yo de mi locura bajo el peso
le puse el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida!



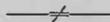
ALMA DE OTOÑO

Alma: no sé lo que te pasa; a veces,
pienso que en horror de esta jornada,
agotado tu vino hasta las heces,
nada columbras a lo lejos, nada.

Extinto el rayo de tu luz, a cada
minuto, más extraña me pareces
y más tu sueño y tu abandono meces
al viento estéril de la edad pasada.

Alma: ya tu ilusión no es de este mundo
ni hay para tí una tabla en el profundo
piélago incierto que la noche ciega;

Sólo ves en tu oscura lontananza
la tristeza de amar sin esperanza
y el dolor de aguardar lo que no llega!



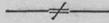
DIA DE DICIEMBRE

Este sol, este cielo y este día
y estos árboles plenos de verdura
y esta mañana azul y esta llanura
en donde Dios enciende su alegría.

Estos campos en flor y esta ardentía
del sol primaveral y la dulzura
de la campana que en la tarde pura
deshoja en blanda voz l' Ave María.

Todo está como ayer, todo la nombra:
el árbol fértil de tupida sombra,
la misma luna con la misma estrella,

y bajo el sueño de los verdes sauces
el agua azul en los floridos cauces
también la nombra... pero falta Ella!



NADA

Nada me queda del ayer florido,
nada retoña en mi jardín y siento
la tristeza del árbol carcomido
sin hojas y sin savia y sin aliento.

El ave infausta de remoto olvido
llegó a mis puertas y graznó su acento
y el ruiseñor que me endulzó el oído
dejó la jaula y se perdió en el viento.

Hoy ya mi corazón es como un sauce
que en el árido soplo del verano
inclina a veces su ramaje umbrío.

Sobre la sed monótona del cauce
por donde en otro tiempo, ya lejano,
pasó la dulce claridad del río...!



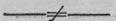
OLVIDANZA

Ya fui y volví. Ya vengo del olvido
con más años y menos alegrías
y en un puñado de cenizas frías
sólo traigo un carbón medio encendido.

Con la jornada del ayer vencido,
en el silencio de las noches más
siento que el reloj de mis días
va perdiendo su luz y su sentido.

Vivo al dolor y muerto a la esperanza,
de una mujer columbro la olvidanza
que al fin de cada sol sale a mi encuentro,

y tengo que sufrir quiera o no quiera,
la farsa inútil de reír por fuera,
y el hondo agravio de llorar por dentro!



APARICION

Pasas bajo los místicos crespones
de tu mantilla, en ritmo acelerado
a deshojar fragantes oraciones
a los pies de Jesús Crucificado.

Y en la incierta penumbra del pasado
llena toda de oscuras sugerencias,
la gran dulzura de tus ojos pones
como sobre un camino abandonado...

Blanca cordera del redil de Cristo,
bajo la gloria matinal te he visto
como estrella de bíblicos reflejos.

Y pienso, imaginándote de hinojos,
por qué, al pasar tan cerca de tus ojos,
me miro, en cambio, de tu amor tan lejos!



LOS DOS TRENES

(El de Girardot)

Avanza en la difícil carrilera
el tren, señor de llano y de montaña,
y tiende en el verdor de la maraña
el humo de su fértil cabellera.

Deja atrás, en la cima y a la vera
del camino, la paz de la cabaña,
la sementera pródiga que baña
con su linfa fugaz la torrentera.

Se amolda con arqueos de culebra
a los ásperos flancos de la quiebra
y después de una vega o de un plantío,

cruza el puente de recia contextura,
a cuyos pies redoblan su locura
los atambores trágicos del río.

(El otro)

Esta vida es un tren: corre perdido
en busca de una equívoca fortuna;
arranca en los vaivenes de la cuna
y pára en las llanuras del olvido.

Viajero el hombre, pájaro sin nido,
quiere encontrar sobre la tierra una
estación de reposo y no hay ninguna
para sus pobres pies: está vencido.

Dilapida en innúmeros trajines
su ilusión; interroga los confines
y inciertos de su horóscopo sombrío.

Y halla, tiempo después, la única suerte,
cuando a la orilla del eterno río
llega el último tren: el de la muerte!

ELEGIA INTIMA

(Ante el cadáver de Jorge Pombo)

Aquí estás ya, sobre el tremendo puente
que todos hemos de cruzar un día;
cuatro tablas apenas; se diría
que es poco espacio para tanta gente.

En tren expreso vas, en tren expreso,
en ese oscuro tren cuya campana
no canta la alegría del regreso
ni ahora, ni a la noche, ni mañana.

Arbol triste es el hombre, que se cubre
de sombra infausta en el postrer desmayo;
lo fecunda la ráfaga de mayo,
lo deshoja la ráfaga de octubre.

Y aquí estás tú, cuyo mejor empeño,
fue vagar con el ánima encendida,
de la vida a las cosas del ensueño,
del ensueño a las cosas de la vida.

Lejos ya vas de la baraja incierta,
cerca ya estás de buena gente amiga;
quiera Dios que San Pedro abra la puerta
y te admita a tertulia y te bendiga.

Oveja que te apartas del aprisco
a donde el eco de mi voz no llega:
mil recuerdos a Julio Defrancisco
y un abrazo cordial a Eduardo Ortega.

Ya traspasan tus plantas fugitivas
este valle de lágrimas y penas;
que tengas muy buen viento, brisas buenas,
y que no nos olvides... y "que escribas".

Yo que del mundo en el vaivén incierto
a la vida falaz sólo me arraigo,
te digo en las orillas del Mar Muerto:
"Adiós, poeta; por allá te caigo".